

ESTE DIARIO

SE PUBLICA

POR SU TIPOGRAFIA A VAPOR  
Calle del Cerrito 84.

REDACCION Y ADMINISTRACION, CERRITO 84

DIRECTOR—JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

AVISOS Y SOLICITADAS HASTA LAS 6 DE LA TARDE

# EL BIEN PÚBLICO

DIARIO DE LA MAÑANA

SUSCRICION

Por un mes . . . . . \$ 1 50  
Un número del día . . . . . 0 10  
Un número atrasado . . . . . 0 20

## Almanaque

Domingo 1.º *Soragáquina*—Santos Cecilio e Ignacio obispo y mártir.  
Lunes 2.º *La Purificación de Nuestra Señora*.  
Martes 3.º Santos Blas obispo, Félix y compañeros mártires.

## Emérides

4000.—*DERROTA EN GUERRA DEL DIRECTOR ROSARIO*.  
Al empezar el año XX, la capital de las Provincias Unidas del Río de la Plata, se hallaba en verdadera efervescencia. Los enemigos de la situación conspiraban activamente, y los amigos desahucados atribuían a los vicios de la administración pasada, a los errores del Congreso y a la falta de servicio del Director Rosendo, los males que sufrían. Este movimiento insurreccional de los ánimos, llegó al extremo de que se trató de destituir a fines de Enero de 1820 al Director Rosendo, que estaba en campaña con el objeto de someter a los caudillos federales, precisamente en los momentos en que se encontraba con estos, sobre la línea del Arroyo del Medio.

En la noche del 3 de Enero, se inició un gran movimiento en el campo directoral. Los federales creyeron que sus enemigos intentaban retirarse, y se apresuraron a intervenir entre la cañada de Copado y San Nicolás. En esta disposición, avanzaron a atacar, consiguiendo arrebatar a Rosendo el mayor parte de su caballería. Rosendo, que se hallaba en la defensiva en actitud de esperar la batalla, mientras tanto tomaba sus disposiciones en medio de la oscuridad.

A las 5 de la mañana del 12 de Febrero de 1820, se levantó una bandera colorada en el centro del ejército federal. A este se le oyeron los toques de carga. Lopez y Campbell, a la cabeza de la columna, compuesta de 1,500 hombres, cargaron sobre el campo de batalla, tendido sobre la cañada de Copado y San Nicolás. Los batallones federales, al amparo de la carga se dispersaron sin combatir, envolviendo en su derredor al Director Rosendo, y fué perseguido por una de las tropas en todas direcciones, sufriendo considerables pérdidas entre muertos y prisioneros.

Casi simultáneamente, los entre ríos bajo la dirección de Rosendo, avanzaban en ataque sobre la derecha de la infantería, arrollando fácilmente el escuadrón que cubría su costado, con ayuda de su comandante Castellanos. Los batallones federales formados en el centro a derecha e izquierda de la artillería, y rompiendo sus filas, se retiraron, obligando a los federales a perseguirlos fuera del alcance de sus proyectiles.

Balances y Roldán disputaron entonces todo para la retirada, que se efectuó en columna cerrada, cubriendo sus flancos y retrocediendo con línea de tiradores a pie. En el primer alfil que hicieron, se les presentó una infantería de 400 hombres, formada por Ramírez, en la que se decía: «si en el término de dos horas no se rendían, serían pasados a cuchillo».

Roldán contestó de viva voz, que «siempre como quisiera, considerándose un superior a ellos en todo».

Al medio día la columna, en retirada, rompió de nuevo la marcha a banderas desplegadas, batido los tambores, sin que los federales tratasen de oponerles a la marcha, sino que la acompañaron, al día siguiente llegaron a San Nicolás de los Arroyos en buena orden y número de 900 hombres, después de una marcha fatigosa de 10 leguas.

1180.—*GUERRA DE LA PLATA Y SAN CARLOS*.  
1811.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1812.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1813.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1814.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1815.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1816.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1817.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1818.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1819.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1820.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1821.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1822.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1823.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1824.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1825.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1826.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1827.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1828.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1829.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1830.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1831.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1832.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1833.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1834.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1835.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1836.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1837.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1838.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1839.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1840.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1841.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1842.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1843.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1844.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1845.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1846.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1847.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1848.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1849.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1850.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1851.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1852.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1853.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1854.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1855.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1856.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1857.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1858.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1859.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1860.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1861.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1862.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1863.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1864.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1865.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1866.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1867.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1868.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1869.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1870.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1871.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1872.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1873.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1874.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1875.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1876.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1877.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1878.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1879.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1880.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1881.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1882.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1883.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1884.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1885.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1886.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1887.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1888.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1889.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1890.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1891.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1892.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1893.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1894.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1895.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1896.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1897.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1898.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1899.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.  
1900.—*GUERRA DE SAN CARLOS*.

## EL BIEN PÚBLICO

MONTEVIDEO, FEBRERO 1.º DE 1880

NOS DON JACINTO VERA POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE OBISPO DE MONTEVIDEO, ASISTENTE AL SOLIO PONTIFICIO, PRELADO DOMESTICO DE SU SANTIDAD, ETC., ETC.

Al Venerable Clero y Fieles de nuestra Diócesis, salud y bendición en N. S. Jesucristo.

La santa Cuaresma es el tiempo y el recuerdo mas fausto y sagrado para los pueblos de la tierra.

Es un tributo de gratitud que todos los pueblos cultos y civilizados pagan a N. S. Jesucristo, al Redentor de la humanidad, al padre de la civilización, al restaurador de la dignidad humana, al Hombre-Dios.

Qué religión, ni qué moral ha podido compararse con la de N. S. Jesucristo? Por eso fuera del cristianismo no existen mas que pueblos sentados en las tinieblas del paganismo, sumergidos en la corrupción de la idolatría y en la degradación de la barbarie y del estado salvaje; hasta tal punto que donde no ha brillado la luz del Evangelio no hay religión, no hay moral ni civilización digna de los pueblos.

Y este hecho innegable ¿no prueba evidentemente que la angusta religión de N. S. Jesucristo es la única verdadera, digna de Dios y de la humanidad y la única garantía de la civilización de los pueblos, puesto que sin ella no existe en parte alguna?

Mas para que los pueblos cristianos no fuesen víctimas del error y de las doctrinas heterodoxas, el divino Redentor cual heraldo de su fe y de su doctrina, instituyó los Pastores de la Iglesia católica, cuya misión legítima solemnemente cuando dijo «a sus enviados: «Quien a vosotros escucha a mí me escucha, y quien a vosotros desprecia a mí me desprecia», demostrando también la historia que esta misión solo es legítima en la Iglesia Católica, puesto que jamás pueblo alguno ha pasado del estado bárbaro y salvaje al de civilización sin el heroísmo de los misioneros católicos.

Es, pues, la Iglesia Católica la institución mas necesaria y mas digna de la humanidad como moral y como religión.

Y no podía ser de otro modo, venerables Hermanos y amados hijos en J. C.; la ley suprema de los pueblos dignos de la libertad moral es la conciencia y el deber, ley imposible e ilusoria sin una garantía divina, como han afirmado hasta los mas grandes filósofos del paganismo,

El pueblo católico, amamantado en la escuela de Jesucristo, tiene por dogma esa ley hermosísima que es la base y salvaguardia de la dignidad humana, la eterna barrera contra todas las opresiones de la tierra y el escudo mas glorioso de la mas santa libertad, la cristiana: «Es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres» ha sido el lema católico y la gloria mas pura de la conciencia religiosa.

Quiénes como los mártires y santos del catolicismo han dado tan preclaro ejemplo de la santa independencia de la conciencia humana? Jamás doblaron su cerviz ante la prepotencia de reyes y emperadores que exigían la apostasia religiosa, la prostitución de la conciencia; y su gloria mas hermosa es haber enseñado a los pueblos como a pesar de los tormentos y de la misma muerte, el hombre debe de colocar la ley de su conciencia sobre todas las opresiones; y cuan sagrado es al mismo tiempo el deber de obedecer a la autoridad cuando sus mandatos están en la esfera de su legitimidad. La religión católica ha enseñado a los hombres a ser libres sin licencia y subditos sin servilismo.

Por eso el catolicismo es la escuela mas sublime para las naciones que quieren vivir la vida hermosa del orden y de la verdadera libertad moral. El católico jamás cree legítima la rebelión, pero tampoco jamás proscribió su conciencia ante ningún poder de la tierra, porque sabe que esta degradación no puede ser condición de la obediencia: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios».

Y si los Césares castigaron el heroísmo cristiano con el martirio y el ostracismo de las catacumbas, Dios le recompensó dándole por trofeo la civilización del mundo y la gratitud de los pueblos.

Hemos querido, fieles amados, recordaros este dogma y esta gloria del catolicismo por la especie calumniosa que ha corrido de que la ley del Registro Civil declarara lícito y válido entre católicos la unión autorizada con la sola formalidad civil ante el Juez de Paz. Esto ha sido un ultraje a la dignidad del pueblo católico y al Gobierno que ha sabido respetar la conciencia de ese pueblo; y también a nuestra solicitud pastoral, porque si así fuere, nuestro primer deber hubiera sido, protestar en nombre de la conciencia católica, cuya tutela siempre ha sido nuestro mayor empeño y cuidado.

No ignorais, amados católicos, que el matrimonio entre cristianos no siendo sacramento; es mero concubinato, por mas solemnidades civiles con que se le quiera coonestar.

Desde que el divino Redentor elevó el contrato matrimonial a la dignidad de uno de los siete sacramentos de la Iglesia, ya no puede ser verdadero contrato matrimonial para los cristianos, sino es sacramento.

El inmortal Pontífice Pío IX, en la alocución del 27 de Setiembre de 1852, declaró categóricamente esta doctrina: tenedla presente, amados católicos, porque es la lagartija solemne de vuestra conciencia: «Ningún católico, dice, ignora o puede ignorar, que el matrimonio es verdadera y propiamente uno de los siete sacramentos de la ley evangélica, instituido por Jesucristo, y que por tanto, no puede haber entre los fieles matrimonio, que al mismo tiempo no sea sacramento; y que por lo mismo cualquier enlace de varón y mujer cristianos fuera del sacramento, aunque sea celebrado en virtud de cualquier ley civil no es otra cosa que un torpe y funesto concubinato... y que así el sacramento nunca puede separarse del contrato conyugal, y que a la Iglesia pertenece decretar todo lo que al mismo sacramento de cualquier modo le pertenezca». No podía el augusto Pontífice, declarar mas explícitamente la doctrina católica.

Es, por tanto, dogma católico que entre cristianos no hay contrato donde no hay sacramento; y como es evidente que en el matrimonio meramente civil no hay sacramento, resulta que tampoco hay verdadero y legítimo contrato, sino un mero concubinato entre cristianos. «Acaso no faltarán incrédulos a quienes habéis oído negar esta doctrina; mas si es cierto que pueden así pensar, no es menos cierto que el católico tiene el deber de acatar para norma de su conciencia la autoridad de N. S. Jesucristo, porque en él adora al Hombre-Dios. Esta es la ley de la conciencia católica y nada puede exigirsele contra esta conciencia a no ser que la libertad religiosa sea un sarcasmo ante las leyes.

Ni cómo podría ningún poder de la tierra declarar válido y lícito lo que condena la divinidad? ¿Cómo podría dictarse para una Nación que tiene la fe y la honra de ser católica, una ley que ultrajase su conciencia y autorizase una inmoralidad, un concubinato condenado por su religión? Sería esta la mas odiosa de las tiranías.

Bien sabéis, amados católicos, que nuestra santa religión consagra y ordena la obediencia a las leyes y a las autoridades públicas en el gobierno civil y temporal de las naciones, porque son una ordenación divina y natural; y ¡ay! de los pueblos que pierden el respeto a la autoridad y a las leyes. Pero si como ciudadanos debiese obediencia al Estado en los asuntos civiles, jamás en los asuntos espirituales y religiosos que son independientes como la religión y la

conciencia que solo depende legítimamente de la autoridad religiosa.

El cesarismo pagano que confundió esas dos autoridades fué la política y la legislación más tiránica y degradante que existió sobre la tierra y N. S. Jesucristo salvó el mundo de esa tiranía enseñando a los pueblos que si hay que dar al César lo que es del César, también debe darse a Dios lo que es de Dios.

Es, pues, necesario, venerables hermanos y amados hijos, tener presente cual puede ser el alcance de la autoridad de la ley civil para juzgar de la moralidad o inmoralidad del llamado matrimonio civil.

Es innegable que las atribuciones de la autoridad civil no se extienden a las leyes de la conciencia religiosa; sus atribuciones y efectos son meramente civiles sin que pueda entrometarse en asuntos religiosos, sino es para garantizar la conciencia religiosa: «Dar al César lo que es de el César y a Dios lo que es de Dios». Este supuesto es muy fácil juzgarlo que ha dado en llamarse matrimonio civil entre católicos.

Si la ley de matrimonio civil se limita a prescribir ciertas formalidades como necesarias e indispensables para que el matrimonio contraído previamente según las prescripciones de la Religión del contrayente produzca legalmente los efectos civiles relativos a la sociedad conyugal, a la patria potestad, derechos hereditarios y demás efectos civiles, en este caso la autoridad civil procede rectamente y en la esfera de sus atribuciones sin atropellar la conciencia del ciudadano, sagrado inviolable para toda sociedad civilizada.

Y es evidente, católicos, que en este caso se respeta la religión del pueblo gobernado, porque no hay tal matrimonio civil, sino solamente registro civil del matrimonio ya contraído según los ritos de la religión.

Mas no han faltado políticos anticristianos é incredulos que no trepidan ultrajar la conciencia y religión de los pueblos civilizados, que es la cristiana, quisieran dar a la ley del Registro Civil una extensión y sentido que ultrapasando las atribuciones del Poder civil y del Estado, le convierten en tirano de la conciencia de los pueblos cristianos en cuyo nombre y por cuya delegación gobiernan. Desearían esos doctrinarios que la ley del Registro Civil declarase lícito y moral el matrimonio entre cristianos celebrado con meras formalidades civiles, prescindiendo del sacramento. Esa ley sería inhumana por autorizar entre cristianos el concubinato legal, puesto que otra cosa no es para el cristianismo el matrimonio que no es sacramento.

La misión del Poder civil es garantizar los derechos que nacen del matrimonio y no del concubinato; y como quiera que entre cristianos el matrimonio que no es sacramento es mero concubinato, resultaría que la ley civil fomentaba la inmoralidad en las sociedades cristianas otorgando efectos legales a lo que en conciencia y según la religión de la sociedad gobernada no es mas que despreciable y funesto amancebamiento.

Y sobre todo, fieles amados, no sería una repugnante tiranía dictar leyes para un pueblo cuya conciencia las repele? Y de donde puede sacar la ley derechos para ultrajar la conciencia religiosa sin el pretexto siquiera de la conveniencia?

El Poder civil tiene pleno e indisputable derecho para prescribir las condiciones y formalidades que crea necesarias para acordar los efectos civiles al matrimonio; pero también tiene el deber de respetar la conciencia y la religión de los ciudadanos, que es lo mas respetable en el hombre, pues se trata de gobernar seres racionales y no autómatas que carecen de conciencia, de derechos y deberes. Ni puede decirse con sinceridad que el llamado matrimonio civil prescinde del religioso para respetar la conciencia de todos, pues que mal puede respetarse lo que se empieza por ultrajar. Jamás el cristiano puede reconocer como legítimo el matrimonio meramente civil, porque en conciencia no es mas que un concubinato entre cristianos, aunque no lo sea para los no-cristianos por ser incapaces de sacramento. Ay! de los gobiernos que no trepidan ultrajar la religión de los pueblos que gobiernan: esos pueblos saben que no son los pueblos para los gobiernos, sino los gobiernos para los pueblos; y cuando las naciones se ven obligadas a despreciar las leyes, entonces la sociedad es imposible sin el despotismo o la anarquía.

La doctrina que acabamos de exponer, amados católicos, ha sido confirmada por el Pontífice reinante Leon XIII, en su Breve del 1.º de Junio de 1879. «El matrimonio civil, dice, se funda en el concepto de la separación entre el contra to y el sacramento, error dogmático cien veces condenado por la Iglesia, doctrina que trastorna la noción esencial del matrimonio cristiano, según el cual, el vínculo conyugal santificado por la religión, se identifica con el sacramento y constituye inseparablemente con él un solo suceso y una realidad sola. Por eso, desconocer al matrimonio en una sociedad cristiana, vale tanto como degradarlo, hacer escarnio de la fe religiosa de los súbditos, y urdir una funesta red a sus conciencias».

Pero el Pontífice hace mas, deslinda los derechos de la Iglesia y el Estado

en esta materia: «Y es muy de notar, añade, cuán injustamente se viene acusando a la Iglesia de querer ejercer una acción invasora en materia de legislación matrimonial, en daño, como dicen, de las prerogativas del Estado y de la autoridad política. La Iglesia interviene para defender solamente lo que está bajo el imperio del derecho divino y que a ella fué encomendado de una manera inalienable; esto es, la santidad del vínculo conyugal y las relaciones religiosas que le son propias. Por lo demás nada le disputa al Estado la parte que puede competirle para ordenar temporalmente el matrimonio al bien común, y para regular conforme a justicia sus efectos civiles. Mas no así cuando el Estado, entrando en el santuario de la religión y de la conciencia, se hace árbitro y reformador de las relaciones íntimas de un vínculo augusto que Dios por sí mismo ordena y que los poderes públicos, así como no pueden anularle, así tampoco pueden desatarte ni reformarle nunca».

«Por lo cual bien se comprende que juicio debe formarse de un Estado católico que dejando a un lado los santos principios y las sábias disciplinas del derecho cristiano sobre el matrimonio, se empeña en la triste tarea de crear una moralidad conyugal exclusivamente civil, de índole puramente humana, bajo formas y con garantías meramente forenses, y que luego cuanto es de su parte lo impone por fuerza a las conciencias de los súbditos, substituyéndola a la religión y sacramentos, sin la que la unión entre cristianos no puede ser ni lícita, ni honrada, ni duradera...»

Mirado en sí mismo el matrimonio civil no puede menos de aparecer injurioso é infausto para la Religión, para la libertad de las conciencias y la moral pública.

Hasta aquí la enseñanza del sábio Pontífice Leon XIII, que os conjuramos tener muy presente, amados católicos, para salvaguardia y garantía de la dignidad del matrimonio y del hogar doméstico. Esta hermosísima doctrina es la que ha salvado a la civilización de la degradante corrupción del hogar doméstico en la cual se ve sumergida en todos los países donde no impera el matrimonio cristiano.

## II

Después de dejar establecida, venables hermanos y amados hijos en Jesu-Cristo, la doctrina católica acerca del matrimonio de una manera general, es deber de nuestra lealtad pastoral declarar que la conducta del Gobierno, autor del Registro Civil vigente, a este respecto, ha sido digna de un gobernante que rige los destinos de un pueblo católico.

Y en efecto, en la ley de Registro Civil se declara que el matrimonio entre católicos debe contraerse según las prescripciones de la religión católica.

Así el artículo 50 de la Ley de Registro Civil ordena que el matrimonio entre católicos se registre en el Juzgado de Paz respectivo dentro del tercer día después de celebrado. De donde resulta que dicha ley respeta de tal modo la conciencia católica con relación al matrimonio religioso que no puede un Juez de Paz autor en el Registro Civil la unión de dos católicos que le declaren no querer contraer el matrimonio religioso, pues la ley solo le faculta, cuando se trata de católicos, para registrar los matrimonios ya contraídos, que entre católicos deben ser con arreglo a las prescripciones del Código Civil, el cual dispone expresamente en el artículo 87 que: «El matrimonio entre católicos ha de celebrarse según disponen los cánones de la Iglesia Católica».

Por eso la misma ley del Registro Civil dispone como garantía de la celebración previa del matrimonio religioso, para la anotación civil, la partida parroquial y la constancia que dentro de tercero día debe enviar de oficio el párroco respectivo de los matrimonios celebrados en su parroquia, pues que según el mencionado art. 87 del Código Civil sería nulo y de ningún valor aun para los efectos civiles el matrimonio entre católicos que aun cuando registrado en el Juzgado de Paz no constase haber sido celebrado previamente según los cánones de la Iglesia.

Es necesario que comprendais, fieles amados, que la celebración del llamado matrimonio civil por los católicos supone la pública apostasia de sus creencias, aun bajo el solo aspecto civil para la legitimidad aparente de ese matrimonio. Mas, sino puede existir duda, amados católicos, de que entre cristianos el matrimonio meramente civil, prescindiendo del religioso, no es mas que un concubinato legal ante Dios, la religión y la conciencia; no es menos evidente que la inscripción del nacimiento y defunción ordenada por el Registro Civil, no sufre de ninguna manera el sacramento del bautismo y la sepultura religiosa, como no sufre el sacramento del matrimonio; porque no es mas que una formalidad legal y profana necesaria para los efectos meramente civiles. Sirva siempre de norma a vuestra conducta en esta clase de relaciones el principio proclamado por el divino Redentor: «Dad al César lo que es de el César y a Dios lo que es de Dios».

Creemos por tanto innecesario recordarle a los fieles que permanecen para los cristianos la obligación de bautizar a sus hijos según la ordenación de N. S. Jesucristo como pena de permanecer infieles y paganos, de desconectar la unión conyugal con el sacramento del matrimonio, pues sin él no es mas que un ilícito y bochoso concubinato; y de santificar la sepultura del cristiano para merecer los sufragios de la Iglesia, pues son los ritos sagrados con que la religión católica consagra y bendice esos actos supremos de la vida de los fieles. Prescindir de ellos es puro paganismo, es renegar de la dignidad de cristianos.

Los deberes que nos impone la religión divina de Jesucristo, jamás podrán ser abolidos, ni suplidos por formalidades meramente civiles y profanas; y bien sabéis, amados fieles, que los deberes religiosos no reconocen mas autoridad que la de Jesucristo en cuyo nombre y por cuya misión la Iglesia enseña y gobierna a los cristianos según la solemne institución del divino Salvador: «Tu eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» y «Yo te daré las llaves del reino de los cielos y todo lo que atares en la tierra, será ligado en los cielos y lo que desatares en la tierra será desligado en los cielos». Palabras augustas con que N. S. Jesucristo selló la legitimidad de la Iglesia Católica como continuadora de su divina misión sobre la tierra. Por eso nadie como ella garante a los mortales la felicidad de ultratumba y la independencia y libertad de la conciencia religiosa con que el cristianismo ha honrado a la humanidad.

Es necesario ademas, amados fieles, que no se confunda el Registro Civil con el Registro Eclesiástico o libros parroquiales. Desde los primeros siglos del cristianismo cuando los Estados aun no se preocupaban de llevar sus registros civiles, que son de moderna institución, ya la Iglesia llevaba su Registro de bautismos, matrimonios y defunciones en los libros parroquiales. En esto los Estados modernos no han hecho mas que imitar a la Iglesia.

Y cuáles han sido las intenciones de la Iglesia Católica al instituir el Registro eclesiástico? Está mandada por los sagrados Cánones la anotación del sacramento del bautismo, porque siendo este sacramento condición esencial para la recepción de cualquier otro de los siete sacramentos era necesario que constase a la Iglesia las personas que le habían recibido. Igualmente interesa a la Iglesia la constancia de la celebración del sacramento del matrimonio, para la legitimidad de los ordenados e impedir la bigamia, con cuyo fin le interesa también la constancia de las defunciones.

Es cierto que estas inscripciones canónicas tienen también efectos civiles; mas fué porque los Estados no se habían cuidado de llevarlos y la Iglesia ahorrándose este trabajo, les hizo un gran servicio. También en esto se verifica lo que ha dicho Montesquieu: es cosa admirable que la religión cristiana que no parece tener otro objeto que la felicidad de la otra vida, sus instituciones redundan también en beneficios temporales.

No queremos, venerables hermanos y amados hijos en el Señor, terminar esta nuestra Pastoral sin excitar en el pueblo cristiano el recuerdo y los sentimientos propios de la santa cuaresma. La Iglesia ha destinado ese tiempo de propiciación para aprovecharlo de una manera especial en la santificación de las almas por medio de la pureza de nuestras conciencias y la práctica extraordinaria de las virtudes cristianas. Quiere y desea que se excite y confirme nuestra fe en la divinidad de nuestra angustiosa religión, con la contemplación de los prodigios de la predicación, pasión, muerte y resurrección de N. S. Jesucristo. Quién que tenga inteligencia no verá con vívidos resplandores la divinidad del Redentor si medita atentamente los portentos de su vida y los resultados de su santa religión en el mundo? Su sola propagación prueba su divinidad: lo ha confesado el incrédulo Bayle: «El Evangelio predicado por gentes sin nombre, sin estudio, sin elocuencia, cruelmente perseguidos y destituidos de todos los apoyos humanos, no dejó de establecerse en poco tiempo sobre la tierra; es un hecho que nadie podrá negar y que prueba ser la obra de Dios».

Adorad, por tanto, a ese Dios, amados católicos, con toda vuestra alma, y con el culto solemne de la santa cuaresma. Padecid inmensos tormentos por nuestro amor; correspondad con sacrificios de expiación y con las buenas obras, especialmente por medio del santo ayuno y de la abstinencia, cuya práctica divinizó con su ejemplo el Redentor. No olvidéis la práctica de los santos sacramentos de la confesión y comunión ordenadas por el divino Salvador, como condición de la vida espiritual. Fomentad las virtudes cristianas; mostraos dignos de vuestra santa religión, que es la felicidad y la gloria mas grande de los hombres y de las sociedades y redoblad vuestros esfuerzos para impedir el desarrollo de la incredulidad é inmoralidad con que amenaza a nuestro pueblo el ejemplo de tantas almas extraviadas por la ignorancia de las verdades de la fe y por las preocupaciones antireligiosas.

Solo Jesu-Cristo es la salvación de las sociedades y solo su angustiosa religión puede detener los estragos de la corrupción y de la impiedad. No estais contemplando, católicos, como a medida que aumenta la ignorancia acerca

gal con el sacramento del matrimonio, pues sin él no es mas que un ilícito y bochoso concubinato; y de santificar la sepultura del cristiano para merecer los sufragios de la Iglesia, pues son los ritos sagrados con que la religión católica consagra y bendice esos actos supremos de la vida de los fieles. Prescindir de ellos es puro paganismo, es renegar de la dignidad de cristianos.

Los deberes que nos impone la religión divina de Jesucristo, jamás podrán ser abolidos, ni suplidos por formalidades meramente civiles y profanas; y bien sabéis, amados fieles, que los deberes religiosos no reconocen mas autoridad que la de Jesucristo en cuyo nombre y por cuya misión la Iglesia enseña y gobierna a los cristianos según la solemne institución del divino Salvador: «Tu eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» y «Yo te daré las llaves del reino de los cielos y todo lo que atares en la tierra, será ligado en los cielos y lo que desatares en la tierra será desligado en los cielos». Palabras augustas con que N. S. Jesucristo selló la legitimidad de la Iglesia Católica como continuadora de su divina misión sobre la tierra. Por eso nadie como ella garante a los mortales la felicidad de ultratumba y la independencia y libertad de la conciencia religiosa con que el cristianismo ha honrado a la humanidad.

Considerando que existen en nuestra Diócesis causas particulares que harían difícil y quizás nociva a la salud la abstinencia continua de carnes durante la santa cuaresma, como exige el precepto común de la Iglesia Universal.

NOS, en virtud de delegación apostólica, dispensamos como en los años anteriores de la abstinencia de carnes en los ayunos de la santa cuaresma y del año, como igualmente en todos los viernes comunes, con excepción del Miércoles de Ceniza, los Viernes de Cuaresma, los cuatro últimos días de Semana Santa, las Vigilias de Pentecostés, de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, de la Asunción de la Sma. Virgen y de la Natividad del Señor, en los cuales no es permitido el uso de carnes a los fieles que hayan llegado al uso de la razón.

Sin embargo, para poder gozar de esta dispensa deben los fieles rezar cada vez que usasen del presente indulto de carnes un Padre Nuestro con Ave María y Gloria, según la intención del Sumo Pontífice.

Asimismo para mayor facilidad de los fieles, permitimos cumplir con el precepto solemne de la confesión y comunión pascual en cualquiera de las iglesias y oratorios públicos de la Diócesis desde el miércoles de Ceniza hasta la festividad del Sagrado Corazón de Jesús inclusive.

## MANDATO

Convencidos de la utilidad suma de la santa palabra, ordenamos a los señores Curas procuren por sí o por otros predicar la santa Cuaresma de la manera mas completa que les sea posible; como igualmente explicar el santo Evangelio durante la misa mayor en todos los domingos del año y una vez por semana la doctrina cristiana a los niños públicamente.

En atención a las actuales necesidades de la Iglesia, mandamos se continúe rezando la colecta *pro Papa* y la *Salve* al fin de la Misa y que los señores Curas y Encargados de las iglesias de la Diócesis sigan cantando una vez por semana en las Iglesias a su cargo las *Letanías Mayores*.

Por último, mandamos que en el primer día festivo después de recibida esta nuestra Pastoral, sea leída solemnemente durante la misa mayor en todas las iglesias, capillas y comunidades religiosas.

Dada en Montevideo a los veinticinco días del mes de Enero del año del Señor mil ochocientos ochenta.

JACINTO,  
Obispo de Montevideo.

Por mandato de S. S. Ilma.  
NICOLÁS LUQUESE,  
Secretario.

## Congreso Americano

Hace ya algunos meses que entre otros artículos sobre política internacional americana, se registraron dos en nuestras columnas con el título común de *Los Repúblicas Sud-Americanas*, escritos a propósito de las luchas sangrientas, que de la independencia a esta parte, han desgarrado el seno de la América del Sud y sobre todo a propósito de la que hoy se ensenorea en las costas del mar, que por sarcasmo se llama aun *Pacífico*.

En esos artículos inculcábamos con ahínco la necesidad ya urgente de que nuestra América española propenda











